

de corro



Manuel Palazón Blasco

Manuel Palazón Blasco. Creative Commons Atribución/Reconocimiento-CompartirIgual 4.0 Licencia Pública Internacional – CC BY-SA 4.0

índice

de corro

- a la una nació yo...4
- un vestido de cosquillas...5
- ay que se va mi amor al estudio...6
- esconde las manos...7
- detrás de la escoba...8
- Elisa de Mambrú...12
- este otro óbolo...13
- la pequeña del Ceferino, o del Merino...14
- lo del Señor don Gato...15
- la ratita morionda...16
- a quemar conventos...17
- estaba la pastora...18
- “...y aquí se acaba la historia de Pepito Zanahoria...”...19
- esto era un gato...20
- tres o cuatro cosillas que tengo...21
- teatro de dedillos...22
- tan alta como la luná...24
- una de tres (o de cuatro)...25
- y su canesú...26
- María de las Mercedes...27
- toc toc...33
- del tiempo de Maricastaña...34

“a la una nació yo”

a mí,
en cambio,
me echaron al mundo a las cinco menos cuarto,
a y media me pusieron a hacer palotes,
a las siete tuve un amor con babero,
que no,
y a las ocho y diez otro que sí,
que sí,
luego,
alrededor de las nueve,
se me empezaron a caer las cosas que traía en los bolsillos,
a las once y pico perdí el mediodía,
y ahora (y acaban de dar
las tantas)
estoy llamando a unas puertas que no sé, ay
chúmbala,
las señoritas que se meriendan al polizón

un vestido de cosquillas

“—Tu padre ha venido.
--Y ¿qué me ha traído?
--Un vestido.
--¿De qué color?
--De cosquillas alrededor.”

Salía el papá con la gabardina al brazo,
y el maletín que guardaba los botellines de insulina, con las
etiquetas de colores,
que nos parecían filtros brujos,
y nos servían de juguete,
y sería por el año 67,
o 68.
Ahora vuelve,
con el Dofín blanco de la Compañía,
de Murcia,
de Albacete,
de Madrid,
o bien vamos a recogerlo al aeropuerto de Manises,
a pie de avión,
que esta vez se ha ido a Copenhague,
la capital de Novo,
y nos vestía de cosquillas,
rodeándonos con ellas,
y nadie podrá nunca tanto en el mundo,
tanto.

“¡ay, que se va mi amor al estudio...!”

“...¡Ay, que se va
mi amor al estudio!
¡Ay, que se va
sin libro ninguno!...”

era tuno
tunante
y fingidor,
y decía a su novia formal, esta tarde
no,
esta tarde, cariño, no puedo pasarla contigo en el saloncito,
echaré algo de menos el café con leche,
los bizcochos (tu bizcocho
borracho,
secreto),
pero tengo el examen ahí,
ahí,
me voy a la Biblioteca de la Facultad, le decía,
pero una prima segunda suya metomentodo lo ha espiado,
y no llevaba, huy, “libro
ninguno”

esconde las manos

ha de andarse uno con mucho ojo con sus manos,
y esconderlas (que viene
la vieja), mira
a esta nena,
pobre,
en un descuido la gatita se las comió,
y mira a esta otra pequeña,
la habían enterrado,
tal y como ella había pedido,
en un cajón,
sacó “la manita fuera,
y se la comió un ratón”

detrás de la escoba

cinco lobitos tenía la loba, cinco lobitos
detrás de la escoba, decía la mamá,
y he sabido
ahora (esto
me lo taparía la mamá por pudor),
que los crió a los cinco, que a los cinco dio
teta

la tía Hermelina,
en cambio,
tiene corral,
averío, cinco
pollitos,
uno que le salta,
uno que le baila,
uno que le pía, otro
que le silba esto o lo otro,
y el quinto, que dice, ¡ay,
que mi tía!

a veces forman una charanga de mucho ruido,
y tocan, éste
el tambor, porrom
porrom, éste, la guitarra,
ron ron ron,
éste, los platillos, chin
chin
chin
chin
chin,

éste,
la campana,
talán (o tilín,
según)

éste coció un huevo, éste puso sal, éste pide pan, éste dice que no hay, y éste más chiquirritín dice, malandrín, malandrín, que en la despensa sí que hay

sólo que a veces pillan, en lugar del huevo,
un pajarito,
y lo pelan,
y lo destripan,
o asan una patata, o una paletilla

el espabilado, el que se come,
digo,
en este novelón de carpantas dickensiano,
el huevo, el pardal, la papa, el omóplato, es, aquí, el pícaro gordo, aquí
el mocosillo,
aquí el borriquito de éste

a veces, en retahíla, ayudan
a contar,
y se llegan, con un salto
fullero,
hasta el veinte,
candil,
bujía,
aceite,
diecinueve
y veinte,

aceituna,
medialuna,
pan caliente,
diecinueve
y veinte

y mira sus otros apellidos,
que reciben,
el meniquín,
por cercanía con su nombre cabal,
y el menicano,
porque es vecino del primero,
y el rey
de lamano,
por su poderío,
y el sacamocos,
al que también llaman sacamocos,
por sus gozosísimos,
utilísimos
oficios

o va,
cada uno,
a la suya, éste, chiquito
y bonito,
éste, el rey de los anillitos, éste, tonto
y loco, éste
se marcha a la escuela,
y éste se lo come todo

también están el dedo
dedillo,
y el señor de los anillos,

y aquél, el largo
y vano,
y el escribano,
y el último, que mata pulgas y piojos en invierno
y en verano

pues en estos teatros de títeres suelen figurar, los cinco
deditos,
cinco hermanos
(y falta,
siempre,
papá)

Elisa de Mambrú

Elisa de Mambrú (carabí,
hurí,
hurá)
toma prestados el apellido
y el final de su cuento

no sabemos mucho de Elisa de Mambrú (fuera
de que fuera niña, hija
de un capitán),
ni le pasan muchas cosas (que va
a Atocha [si llega
no se dice],
y la peina su tía [dicen deprisa el peine,
de oro, y las horquillas, de cristal], y que luego
luego
se muere,
y la llevan a enterrar [dicen deprisa,
muy deprisa, la caja, de oro,
y la tapa, de cristal]

este otro óbolo

al pasar la barca me dijo el barquero las niñas bonitas no pagan
dinero,
las niñas bonitas tienen que dejarle,
entonces,
si quieren que las cruce,
qué otras prendas

la pequeña del Ceferino, o del Merino

eran las chiquillas del Ceferino, o del Merino, no está muy
claro, unos
dicen una cosa, otros
otra,
y fue en la Alameda,
a la hora de merendar,
o mientras paseaban la calle de Santo Tomás arriba,
abajo,
arriba,
que la pequeña se perdió
(se perdió)

lo del señor don Gato

era gato con inicial con humos,
tratamiento de *don*,
y vago señorío,
y empieza su cuento sentado en silla de oro,
calzando medias de seda y zapatitos blancos,
bordados

supo entonces que lo casaban con aquella michifú parda,
la mayor del Romano, otros
la llaman Misinita, mirrrimiau,
miau,
miau,
y,
por desahogar su celo
nuevo,
buscó los tejados,
y se cayó,
y no lo remediaba el caldo que los cirujanos habían recetado,
de siete gallinas,
y sólo pedía
ahora,
en sus últimas,
que no lo enterrasen en sagrado,
y dejaran mi cabeza
afuera,
con el pelo bien peinado,
y publicasen la razón de su mala pata, que fue
de amores,
o genital,
y bailaban,
durante las pompas,
encima de la cajita,
siete ratones muy aliviados

la ratita morionda

y qué harás por las noches dormir y callar dormir y callar pues contigo

no

me quiero casar,

que busco que mi marido ladre, y diga

miau,

que rebuznase

y diese coces,

que corree conmigo, con mucho ruido, por el suelo de la cambra

a quemar conventos

juegan “los muchachos” (bueno,
jugaban, ¡menos mal!)
a quemar un papel,
“y mientras se va consumiendo dicen,
‘Monjas a acostar, la Madre Abadesa
se queda a cerrar””

esta afición de dar al fuego los conventos,
con sus vestales
dentro,
aunque sea figuradamente,
¿qué hormonas, qué humos removería en los mozalbetes?

estaba la pastora

la Pastora amenazaba al Gato, larán,
larán,
larito,
que no le echara la uña,
que le estropearía el quesito,
y el Minino no hizo caso y perdió,
por eso,
el rabo

ahora la Pastora ha ido a confesar su rapidísima cólera con el
padre Ángel,
y el ministro de nuestroseñor le ha puesto de penitencia que se
dejase,
que se dejase

y entiende la Pastora,
muy pronto,
que todos,
todos,
los brutos, también
los camareros de Dios,
babea detrás de su nata

“...y aquí se acaba la historia
de Pepito Zanahoria”

algunas veces las canciones de comba, y los juegos
de pasillo, y,
siempre,
aquella historia
famosa
de troleros,
descubren,
para terminarse,
que decían a Pepito Zanahoria

este donjosé,
entonces,
con apellido de hortaliza,
es héroe
vacío,
y sirve, nada más, de comodín

“esto era un gato...”

y está lo de este otro gato,
pobre,
que tiene la lengua de trapo
y la barriguita al revés,
y está atrapado para siempre,
con esos dos accidentes más o menos naturales que lo fatigan,
en una de esas historietas que se repiten,
que se repiten,
quieres-que-te-lo-cuente-otra-vez

tres o cuatro cosillas que tengo

Tengo, tengo, tengo,
tú no tienes nada.
Tengo tres cornejas en una legaña.
Una me da chuches,
otra me da ranas,
y otra cajetillas para la marrana.

Tengo, tengo, tengo,
tú no tienes nada.
Tengo tres almejas en una cucaña.
Una me da el buche,
otra da la lata,
y otra calderilla para la fulana.

teatro de dedillos

cinco lobitos tenía la loba, cinco lobitos
detrás de la escoba

(su mano, un molino
imperfecto,
veleta
coja
que meneaba mi soñarrera)

éste coció un huevo, éste puso sal, éste pide pan, éste dice que no
hay, y éste más chiquirritín dice, dilindín, dilindín, que en la
despensa sí que hay

(el índice de la derecha, que vale
la vara del romancero,
da entrada,
por orden,
a los personajes del cuento)

sin mucho aparato los dos guiñoles de deditos se bastaban para
representar nuestras primeras *historias*

uno era novelón por entregas
à-là-Dickens,
abreviado,
de huérfanos con hambre y final, menos mal,
feliz

en esta inquietante fábula,
en cambio,
la loba tenía a sus cinco lobitos detrás de la escoba,
los escondía
de qué

la camada
cabal
la componían cinco hermanos (y falta,
siempre,
el papá)

tan alta como la luná

la muchacha (¿la niña?) se aupaba, hacía la (¿húmeda,
interesada?)

revista de los soldados decataluñá,

sacó del río, cerca del puente de Santa Clara,

en lugar del anillo que había descuidado, una Virgen
del Carmen

y un sanantonio,

y les pedía que le escogiesen, entre la tropa, marido
cabal,

que no fumase tabaco ni beba mucho vino,

sobre todo que no fuera un golfo,

y sería su abogado el antonio-antonio de Padua,

que es muy ayudador cuando no encuentras algo,

quiero-

que-

se-

aparerga-

yá

una de tres
(o de cuatro)

decidían la suerte de las niñas
el capullo, que se abría
aposta,
de una amapola,
y si las hojas estaban aún blancas,
te entraban en el convento,
si empezaban a teñirse,
te venía detrás el curita,
si ya se habían encendido, empalmado
monje
franciscano, ¿fraile,
monja,
o capuchino que te coja?, son
corros
rufianes,
que te casan,
según,
con el hijo de un rey,
con un buen mozo,
con un tiñoso,
es la cuerda,
que te deja moza,
casada,
viuda,
monja,
son las varillas del abanico,
una las iba pasando, y conocía,
luego,
su estrella,
si iba a ser el oro,
la plata,
cobre,
nada

y su canesú

dosydossoncuatro, cuatroydossonséis, la nena
no sabía qué hacer con su muñeca,
se le había constipado durante su paseo fantástico (cómo la
sacas, burra,
con estos días tan raros que está haciendo,
con aquel vestido azul, la camisita,
el canesú),
seisydossonochoyochodieciséis,
la ha metido en la cama, le da el jarabe
(obedecía las instrucciones de un médico tarado)
con un tenedor,
yochoveinticuatro,
le reza, de rodillas, a las ánimas benditas, y una
iba a ser muy pronto la de su muñeca,
pobre,
yochotreintayqué

de María de las Mercedes

Alfonso “el Dulce”

el romance del dondevás se llegó de polizón hasta el Brasil¹ y,
en algún ultramarinos
en espejo,
se mezcló con un *sapateado* gaucho, éste
de un guapo con sombrero y polainas,
aquel Chico “de caramelo” “namorado das meninas”,
que ganó el “sobrenombre” de “melado” porque,
cuando se veía “ao pé das moças”,
quedaba “todo açucarado”

el borbón se hizo segunda carne en este pijoaparte
con boleadoras,
y pierde novia obrera,
aquella Iracema a la cual siguen, en su entierro (parecía
“procissão”)
“suas amigas da fábrica de S. João”

¹ “--Onde vais, Afonso Doce,
o que faz tu por aquí?
--Vou à procura de Iracema,
que há tempo que não a vi.
--Sua noiva já está morta,
fui eu mesma que a vi.
O caixão que ela levava
era todo de marfim,
o manto que a cobria
era puro de cetim.
O enterro de Iracema
parecia uma procissão
acompanhado de suas amigas
da fábrica de S. João.
Na missa do sétimo dia
Iracema se apresentou
Foi falar à sua madre
que na terra descansou.”

Rossini Tavares de Lima, *Romancero Folclórico do Brasil*, São Paulo, Irmãos Vitale,
1971, pág. 76.

la fantasma de la oficiala no le sale, aquí,
“na missa do sétimo dia”,
a su quillotro con pergaminos,
sino a su madre,
pobre

tifo con perejiles

no casa con su estado,
ni con los cuentos, que no se muriese maríadelasmercedes
de amor,
o de tuberculosis,
muy despacito,
tosiendo sangre en pañuelos de seda,
y la terminase,
en lugar de eso,
el tabardillo pintado, la basura
de piojos:
había aconsejado su padre, Antonio de Orleans,
al rey, su marido,
que mandase quemar,
después de su “malparto” primero,
“las sillas de señora”, y “los coches de jaca”, y los “breaks’
duros”,
y le harían caso
o no,
pero a la reina,
cerca de Mayo,
la derribaron las fiebres,
se distraía,
deliraba,
olía (se iba pudriendo):
el 2 de junio falleció, según un parte médico que procuraba
disfrazar vergüenzas,
“a consecuencia de una fiebre gástrica nerviosa,
acompañada de grandes hemorragias intestinales”²

² En *La Razón*, el 22 de julio del 2015.

nombres que usaban los primos
demasiado carnales
para citarse

va verraquera
de príncipes

cuando se pusieron de novios él tenía quince años, ella
había cumplido los doce,
y eran primos (¡primos,
huy,
hermanos!),
y vivían,
en aquel seguro dudosísimo,
mientras durara lo que aquellos descamisados titulaban La
Gloriosa,
en París (pero París
¿no era una fiesta?)

a ella le divertía saludarlo,
aparte,
adelantando su servicio más pesado,
cosiendo aspa,
y dos palitos,
a su nombre,
le decía,
¿dóndevasalfonsodoce?, o bien ¿vendrás,
alfonsodoce,
esta tarde,
con tu espada de juguete,
a merendar a mis apartamentos?
y él usaba,
como se enfadase,
para reñirla,
si no se dejaba dar un beso,
pellizcar el culo, morder
en un pezón,

seguidos,
y por orden,
todos sus nombres menos uno (se saltaba el de todos los santos,
como si se oliere la suerte
peor
de su chica),
maría de las Mercedes, Isabel, Francisca de Asís, Antonia, Luisa Fernanda,
Lipa, Amalia, Cristina, Francisca de Paula, Ramonarrítacayeta, Manuel, Juana,
Josefa, Joaquina, Ana, Rafaela, Filomena, Teresa de las Antísimas, Trinidad, Gaspara,
Melchora Baltasara,

con las Casas de su gente, que eran las de Orleans
y Borbón,
o bien los empleaba sueltos,
o de dos en dos,
o en tríadas,
conforme se lo pidiese el humor,
o la ocasión,
o por parecer donairoso

le decía,
por ejemplo,
Francisca de Asís,
y hacía, con ello,
mofa y befa de su padre putativo

la llamaba,
con guasa,
cuando los padres de la muchacha,
sus tíos,
recibían en el salón,
mientras ellos dos no hacían los deberes en la biblioteca, ay,
Antonia,
ay, Luisa Fernanda

por respeto a la Virgen, pues tiraba
a mariano,
era muy raro que la llamase Joaquina,
o Ana

le decía,
por ejemplo,
cuando lo cansaba,
¡erreconerre,
Ramona,
Rita,
Rafaela!

esta vez hizo que lo conociese en el cuarto de la criada,
descalza,
con estigmas
y la sombra del anillo que la casaba con el Cristo,
y,
en las vísperas del éxtasis,
roncaba
él,
¡teresamíadelasantísimatrinidad!,

la llamaba “Manoli”,
o “Juanita”,
o “Pepona”,
“Cristina”,
“Amalieta”,
“Felipa”,
“Filomena”,
“Cayetana”,
y se soñaba sultán,
tenorio,
marqués-de-bradomín

cuando ella lo regalaba con favores particulares,
él le decía, ¡vales,
nena,
mis tres reinas magas!

si jugaban a los colegios,
para castigarla,
gastaba sus apellidos
notables,
¡Orleans, de rodillas, y cara
a la pared, Borbón, dime
los golfos de la Península (aquí
se reían muchísimo)!

y mira, como a mamá, te llamaré,
temblando,
algunas veces, muy pocas, doñaisabel, y nunca,
nunca,
Mercedes,
ni mariadelasmercedes,
que será el nombre que te darán las niñas en sus corros
funerales,
y las flamencas en sus coplas,
para publicar mi pérdida

toc, toc

forman un corro terrible las niñas,
y cada una trae un color,
y Uno, los ojos vendados, llama, toc
toc,
¿quién es?,
preguntan,
el ángel con su palma,
¿y qué quiere usted?,
y él responde, “el rojo”,
o “el azul”,
y le dicen,
“no lo hay”,
y se va,
o le dicen, aquí
está,
y se lleva a la pequeña,
y luego llega Otro,
el Otro, vendados,
también,
los ojos,
y llama, toc
toc,
¿quién es?, preguntan, el demonio
con su tenedor,
y ¿qué quiere usted?, y él
dice,
“el amarillo”,
o “el marrón”,
y ellas miran
a ver

del tiempo de Maricastaña

“--¡Cuerpo de mí! --replicó el Licenciado--. ¡Si se nos ha vuelto el tiempo de Maricastaña, cuando hablaban las calabazas, o el Isopo, cuando departía el gallo con la zorra y unos animales con otros!”³

mira que si se nos volviera “el tiempo de Maricastaña,
cuando hablaban las calabazas”,
los cosmonautas iban detrás de Venus en un simca mil,
rapeaba la tuna (los pantalones bajados, la gorra de Coca-Cola
del revés,
sudados los esníquers),
estaba la mar de contenta la princesa,
Romeo would sneak away with Juliet in her daddy’s 1948
Monterosa Cabriolet,
and they’d get a cheap motel room just outside Verona

³ Miguel de Cervantes, *El casamiento engañoso*.